

**DISCURSO DE APERTURA DE ANDRES SENDAGORTA, PRESIDENTE DEL IEF
XXVI CONGRESO NACIONAL DE LA EMPRESA FAMILIAR, Bilbao, 22-24 octubre 2023**

EGUN ON

Majestad,
Lehendakari,
Ministro de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones,
Diputada general de Bizkaia,
Delegado del Gobierno en el País Vasco,
Alcalde de Bilbao,
Presidenta de las Juntas Generales de Bizkaia,
Autoridades,
Miembros del Instituto de la Empresa Familiar y Asociaciones Territoriales,
Señoras y señores,

Amigos todos,

Tengo el gran honor de dirigirme a todos ustedes en el que es ya mi segundo y, por tanto, último Congreso Nacional como presidente del IEF.

Este Congreso tiene para mí un significado especial, en primer lugar, porque lo celebramos en esta tierra, que supone tanto para mí y para mi familia. De aquí han salido marineros y navegantes que fueron auténticos pioneros, como también lo fueron los empresarios audaces que vieron en el comercio internacional una gran oportunidad. Todos ellos han contribuido, con su esfuerzo y valentía, a llevar el nombre de España por todo el mundo.

En segundo lugar, porque este Congreso lleva por lema “La fuerza de las Personas”.

Y, en mi forma de entender la vida, quizás heredada de mis padres, las personas son el verdadero motor y la clave de éxito de tantas Empresas Familiares a lo largo de los años.

Quienes hoy nos reunimos aquí no representamos solo a los cien socios del IEF, ni a los mil ochocientos sesenta y cinco miembros de nuestras dieciocho asociaciones territoriales.

Nosotros, hoy aquí, representamos a los más de dos millones y medio de personas que, todos los días, trabajan con ilusión y pasión en iniciativas promovidas y gestionadas por familias empresarias; con la particularidad de que, para hacerlo, esas familias ponen en juego su propio patrimonio personal y familiar, sea este grande o pequeño.

Familias empresarias muy orgullosas de serlo porque asociamos ese término a un compromiso de innovación, creación de riqueza y progreso, muchas veces heredado, que es determinante - dicho sea con toda humildad- para que España ocupe el lugar que le corresponde en el concierto económico internacional.

El éxito que las empresas familiares españolas cosechan en el mundo, en los sectores más

diversos, es un ejemplo más de lo que somos capaces de hacer, como país y como sociedad, cuando desplegamos todo nuestro potencial y no nos distraemos con desavenencias fratricidas de mirada corta y egoísta.

El año pasado lo decíamos en Cáceres y, si cabe, hoy lo repetimos con más fuerza:

Nosotros somosempresas de aquí, las que viven en primera persona la realidad de nuestros pueblos y ciudades. Las que han entendido los compromisos que nos piden los españoles, porque son nuestros propios compromisos.

Estos días asistiremos al testimonio de empresarios familiares que nos contarán, en primera persona, sus respectivas historias, su evolución, sus logros y su compromiso con el futuro. Al hacerlo, estos empresarios han vencido un sentimiento de pudor, porque saben que su relato sirve como estímulo a muchos otros empresarios a la hora de emprender nuevas iniciativas o continuar con las que emprendieron sus padres y abuelos.

Os agradezco de verdad vuestra disponibilidad y compromiso con el Instituto.

Ese éxito de nuestras empresas familiares no es fruto del azar, ni de un milagroso decreto publicado en el Boletín Oficial del Estado. Es el fruto del esfuerzo y trabajo de accionistas, directivos, trabajadores y proveedores que, como equipo, comparten un objetivo común.

La laboriosidad, el esfuerzo, la tenacidad y el espíritu de servicio son los cimientos en los que hoy, como siempre, se asientan nuestro progreso y desarrollo como personas y como sociedad. Sin el trabajo y esfuerzo de generaciones, nuestras empresas no serían lo que son y, desde luego, la prosperidad y bienestar de los españoles sería bien distinta.

Ese legítimo orgullo que tenemos las familias empresarias por la labor realizada debe ser compartido por la sociedad y, concretamente, por nuestros gobernantes.

Las empresas familiares han demostrado un cuidado diferencial de sus trabajadores, una visión a largo plazo, una gran prudencia en lo financiero y un especial arraigo a la tierra. Esas cualidades, entre otras, son razones más que suficientes para impulsar las empresas familiares en beneficio de todos.

Si nuestras empresas familiares resisten, avanzan y progresan en el mundo, es porque no damos cabida a la autocomplacencia. Somos conscientes de las incertidumbres y desafíos de todo orden que tenemos por delante.

Más allá de los enormes retos que nos afectan como sociedad, como pueden ser la inflación, el índice de natalidad o las difíciles circunstancias geopolíticas que producen enorme sufrimiento a millones de personas, me vais a permitir que me concentre en cuatro desafíos que nos afectan específicamente como empresarios familiares; como son la personas, la formación, la conciliación del trabajo con la vida familiar y la comunicación.

Estamos presenciando en España una acusada dificultad para disponer de perfiles profesionales adecuados que incorporar a nuestras empresas. Nos faltan ingenieros e informáticos, pero también personas que trabajen en el mundo de la hostelería o el mundo industrial.

En definitiva, el reto por atraer y retener en nuestras empresas a personas con talento se ha convertido en una prioridad de primera magnitud, reto que debemos convertir en una gran oportunidad.

No tendría perdón que no supiésemos potenciar y desplegar elementos esenciales que nos caracterizan, como son la cercanía y el compromiso con las personas, para lograr atraer a nuestras empresas a personas que nos hagan marcar la diferencia en un escenario cada vez más competitivo. Tampoco tendría perdón si perdiéramos ese factor de ventaja por desavenencias o conflictos familiares mal resueltos en la empresa, conflictos que son la mejor manera de restar atractivo a nuestras empresas.

Por justicia, pero también por pura supervivencia, debemos hacer el mejor de los esfuerzos para procurar la adaptación y la adecuación de las capacidades de nuestras personas a las nuevas exigencias del mercado y de la sociedad.

Por eso, tenemos que seguir potenciando y mejorando la formación de todos aquellos que participan en nuestros proyectos empresariales, sean de nueva incorporación o lleven años trabajando con nosotros.

Nuestro objetivo de excelencia está totalmente condicionado por el talento de las personas que atraemos a nuestras empresas y a su continuo proceso de formación.

En ese sentido, debemos de seguir insistiendo, pública y privadamente, a nuestras autoridades, de la necesidad acuciante de mejorar drásticamente nuestro sistema educativo, de tal manera que los jóvenes que salgan de nuestras universidades y centros educativos tengan la formación que precisan para cubrir los nuevos puestos de trabajo que necesitan las empresas.

Tengo la impresión de que se destina más tiempo en nuestro debate público a subrayar rasgos ideológicos que a apuntalar los objetivos reales que deberían perseguir nuestros programas educativos.

Necesitamos una apuesta educativa transversal y a largo plazo, que sepa dar respuestas a los desafíos de nuestro tiempo, porque el futuro empezó no ya hoy, sino ayer, y no hay tiempo que perder.

Y no me refiero solo a la formación orientada a cubrir las necesidades reales que demandan las empresas, sino a algo más profundo, a una educación en valores.

Pero el compromiso con la formación no basta.

También tenemos que construir entornos de trabajo que permitan que las personas disfruten de sus vidas personales e integren sus vidas profesionales en sus vidas familiares. Esa es nuestra apuesta vital como empresas familiares.

Estamos convencidos de que las personas que consiguen ese equilibrio son las que más pueden aportar y contribuir a que nuestras empresas sean mejores.

Hoy se habla mucho de sostenibilidad, y es un acierto. Pero también en este campo debemos establecer prioridades. La sostenibilidad empieza por las personas, que deben suponer nuestro primer centro de atención.

Sería absolutamente incoherente que una empresa familiar no cuidase de una forma especial la posibilidad de conciliar la vida familiar y profesional. También en esto debemos encontrar un arma competitiva para atraer y fidelizar talento.

Y, con todo, tampoco el compromiso con la conciliación nos resulta suficiente.

Creo que ha llegado la hora de comunicar mejor a la sociedad el propósito empresarial que inspira a cada una de nuestras compañías.

Es preciso que integremos en nuestro modelo de negocio y mensaje a la sociedad, nuestro propósito. Que mostremos con orgullo y humildad todo lo que hacemos para contribuir a mejorar nuestro entorno, nuestros pueblos, nuestras ciudades, nuestro país y todos aquellos lugares en los que desarrollamos nuestra actividad. En definitiva, nuestra aportación para construir una sociedad mejor, más inclusiva y más justa.

Tanto la generación de nuestros padres como la nuestra, nos hemos guiado por un meritorio afán de discreción, de no jactarnos nunca de las actuaciones que realizamos en beneficio de nuestras comunidades.

Aunque comprendo -y hasta simpatizo- con esa actitud, creo que las circunstancias actuales nos obligan a salir de una cierta zona de confort para explicar alto y claro a la sociedad, utilizando los medios modernos de comunicación, todo lo que hacemos, cómo lo hacemos y por qué lo hacemos.

Debemos ser mucho más activos en comunicar lo que de verdad somos, para contrarrestar el empeño de otros en transmitir lo que no somos.

Además de una cuestión de justicia hacia las personas que trabajan en nuestras empresas, comunicar el impacto social transformador de lo que hacemos y por qué lo hacemos representa una exigencia para que nuestros conciudadanos sepan valorar nuestra esencial función social como agentes creadores de prosperidad.

Las nuevas generaciones nos piden una actitud más proactiva en la comunicación y debemos mostrarles, a ellos y a todos, con los medios de los que hoy disponemos, que su trabajo contribuirá a la consecución de objetivos nobles, mejorando día a día la realidad que nos rodea.

Este esfuerzo y compromiso desde las empresas familiares por resolver estos desafíos relacionados con las personas y la comunicación debería corresponderse con un compromiso equivalente por parte de las instituciones públicas, en favor de algo esencial en nuestra sociedad como es el trabajo bien hecho.

Nosotros somos firmes convencidos de la importancia del trabajo como eje vertebrador de nuestra vida en sociedad.

El trabajo nos brinda la oportunidad de poner en acción nuestros talentos, nuestras habilidades, y nuestro sentido de la responsabilidad y colaboración. Nos recuerda cada minuto que formamos parte de un proyecto común, y que los demás dependen de nuestro compromiso y diligencia, al igual que nosotros dependemos del de los demás.

El trabajo nos forma como ciudadanos libres y responsables, dueños de nuestro destino.

Esa es la esencia de las empresas familiares y, en estos tiempos de cambio y transformación, la solución a los grandes desafíos del futuro, tanto para nuestras empresas como para nuestra sociedad, dependerá de cómo sepamos aprovechar y desarrollar el potencial de las personas.

Es compartido por todos que el principal desequilibrio de la economía española es el desempleo. Ahí está la principal causa de las desigualdades sociales, el auténtico freno al ascensor social, a

la esperanza de un futuro mejor para nosotros y nuestros hijos.

Las subvenciones pueden ser un remedio temporal necesario, el instrumento que sirve para salvar una situación puntual de necesidad, pero solo el trabajo desarrollado por personas con la formación precisa representa una verdadera solución sostenible.

Necesitamos incorporar a más ciudadanos a la vida laboral activa, integrarlos en el ciclo virtuoso del empleo de calidad. Del empleo productivo privado, que es el que genera más riqueza para distribuir y cubrir las necesidades públicas, y no del que sólo sirve para maquillar las estadísticas.

Para ello, es preciso incentivar el empleo, y gravarlo no parece la mejor manera de conseguirlo.

En todo caso, no perdamos nunca del radar la productividad, factor clave para mantener nuestra capacidad de competir.

Revisemos la fiscalidad para conseguir, entre todos, que el salario neto que llega al bolsillo de los trabajadores esté lo más cerca posible del coste bruto que asumen las empresas.

Y revisemos también los salarios, sin más límite que mantener el listón de la competitividad, esencial para la continuidad de nuestras empresas.

No faltará por nuestra parte la voluntad de diálogo para abordar los problemas mencionados, pero sobre la base de que debemos construir nuestra sociedad en torno a la cultura del trabajo, del esfuerzo, de la responsabilidad y a la satisfacción del deber cumplido.

Apostemos todos por una sociedad de ciudadanos libres, capaces y responsables que reivindican su condición desde la fortaleza de haber cumplido con sus obligaciones.

Para terminar, creo que merece la pena insistir sobre algo que decíamos el año pasado en Cáceres.

Evitemos la polarización y apostemos por la moderación y el diálogo, para que nos permitan construir un marco de relaciones estables que proyecten nuestro país y nuestras empresas hacia un futuro a largo plazo.

Es vital recuperar y reforzar el sentido de la institucionalidad. Es tarea de todos hacer más fuertes todas las instituciones que nos representan y nos vertebran como sociedad.

El marco constitucional, que nos ha dado decenios de estabilidad y prosperidad, es el que define la actuación del Instituto de la Empresa Familiar. Dentro de ese marco, queremos colaborar con todos (sin excepción) y ponernos al servicio de la prosperidad común.

Este Congreso nos debe servir para compartir ideas y soluciones encaminadas a progresar en la gobernanza de nuestras empresas familiares. Sabemos que una gobernanza, familiar y empresarial, mal resuelta y poco profesional constituye nuestro peor enemigo, porque destruye algo tan querido como nuestras familias y empresas.

Agradezco a la Junta Directiva del Instituto su apoyo y trabajo desinteresado.

A los presidentes y directores de las Asociaciones Regionales de la Empresa Familiar cuya sintonía y presencia hoy aquí demuestran, una vez más, la pluralidad maravillosa de España que nos enriquece a todos.

Al equipo del Instituto, liderado por José Luis Blanco quien, año tras año, con mucho trabajo, y no pocas emociones, hace posible que este Congreso sea un éxito.

A Ana Botín y a Juanjo Cano por su cercanía y por los apoyos permanentes del Banco Santander y de KPMG.

Reitero a S.M el Rey nuestro agradecimiento al honrarnos, una vez más, con su presencia y apoyo, animándonos a seguir trabajando para que nuestras empresas familiares sean motivo de orgullo dentro y fuera de España.

Y a todos ustedes les agradecemos su presencia. Pero, por dos motivos, nuestro objetivo es que, mañana, los agradecidos sean ustedes:

El primero, por haberles dado la ocasión para reflexionar y proponerse metas de mejora como empresarios familiares.

El segundo por haber podido disfrutar de este pequeño gran rincón de España que es Bilbao y el País Vasco.

ESKERRIK ASKO